

LA MODA DE LAS PLUMAS

SORPRENDE este retorno de las plumas al guardarropa de las mujeres, en una época que, como la nuestra, se caracteriza por cierta uniformidad sobria y deportiva. Pero el atractivo de la moda reside precisamente en estos contrastes. Si para el día adopta líneas muy simples, para la noche se permite ciertas fantasías, como la de las plumas, que siempre han sido adorno eminentemente femenino. Se ven en vestidos largos y cortos, subrayando el borde de la falda; rematando chalets, formando tocados y en toda clase de accesorios.



Sobre un vestido negro, este adorno tiene la gracia de una flor. El motivo de bisutería sujeta un penacho de avestruz blanco (GRIPPOIX.)

SIGUE



Sobre un vestido violeta y en el borde del gran echarpe que lo complementa, unas plumas de avestruz en ese mismo tono. Es una creación LAROCHE.



Este abrigo de noche, en raso amarillo canario, bordeado de una espesa franja de plumas del mismo color, ha causado verdadera sensación en PIERRE CARDIN.



Raso blanco, plumas blancas... Es el vestido que más ha vendido CASTILLO. Es la imagen de otros dos polos contrastantes de la moda: feminidad y sobriedad.



Un chal de muselina verde bordeado de plumas para acompañar un pantalón de color negro. Las botas de charol llevan un puño de punto también negro.

SIGUE

LA MODA DE LAS PLUMAS

Entre 1925 y 1961, las plumas de avestruz cayeron en el más completo olvido. No aparecían más que en los escenarios, prestando suntuosidad a las revistas de gran espectáculo. En 1962 hicieron una «reñtrée» triunfal y, casi de la noche a la mañana, irrumpieron en todos los talleres de alta costura.

Sólo para ser utilizadas durante 1963, en París, se importaron tres toneladas de plumas de avestruz, lo que representa un asombroso volumen, si se tiene en cuenta que una pluma pesa de siete a ocho gramos.

Esta moda repentina trajo consigo un inconveniente: no había suficientes obreras especializadas, capaces de trabajar las plumas con la técnica requerida. Hubo que recurrir a mujeres mayores, que conocieron aquellos tiempos en que las plumas se usaban tanto como los manguitos y las sombrillas, accesorios también hoy «fuera de órbita». Pierre Cardin, que ha resucitado los «años locos», utiliza plumas de avestruz para bordear sus abrigos de raso, como aquellos que llevaban las «Dolly Sisters». Jacques Griffe las reserva para echarpes fabulosos que acompañan los atrevidos pantalones que algunas mujeres han adoptado para recibir en casa. Chanel las corta y las coloca sobre los abrigos para reemplazar los clásicos cuellos de visón. Laroche las trabaja en flecos, sobre pequeños tocados de raso, y Claude St-Cyr confecciona con ellas enormes «pelucas» que prestan al rostro una suavidad ondulante y atractiva.

Las plumas se prestan a todas las fantasías de la moda. Roger Vivier, el más famoso creador de calzado femenino, ha ideado unas deliciosas pantuflas de avestruz que, como auténticas joyas, acompañarán a los pantalones de noche.

Pero no sólo las grandes firmas se han atrevido a utilizar las plumas. También el «prêt à porter» las adopta en versión accesible a bolsillos menos provistos e igualmente seductora.



El tono blanco del penacho concede una nota de alegría al fondo oscuro. De esta manera se introduce un poco de fantasía en un modelo sobrio y de severa línea.

Mitad sombrero, mitad peluca, este tocado de plumas de avestruz, creado por CLAUDE ST-CYR, va del gris claro al gris oscuro, en «degradé», realzando el rostro.

